

Bordadora de vidas

María Marcelina Canché Pool

Nací el 17 de julio de 1941, en Motul, Yucatán. Soy la tercera de cinco hijos: cuatro mujeres y un hombre, y mi padre se llamó Fidencio y mi mamá doña Petronila.

Mi papá escribía muy bonito, le enseñó ya de grande un maestro marista, pero mi mamá no sabía, y no se daba cuenta de que necesitábamos aprender a leer y a contar. Ella sabía contar, sumar, restar y multiplicar, y lo aprendía “líricamente”, como dicen, ella sola.

Luego se dio cuenta de que sí necesitábamos aprender, y dijo que teníamos que estudiar lo más esencial, por eso a los siete años nos entregaron a la escuela.

Cursamos lo que en aquel entonces se llamaba la “primaria”, que era muy diferente de lo que se estudia ahora. A los siete años iba a una casa particular en la que básicamente veíamos tres libros: el Rébsamen, Poquito a poco y Adelante, y al acabarlos se decía que ya habías terminado tu primaria. También nos enseñaron a sumar y a restar, pero muy poco. Cuando casi cumplía los diez, yo ya había terminado. Los papás no dejaban que estudiáramos más porque pensaban que sólo queríamos aprender para escribirle cartas al novio. Ése era su pensamiento, por esa razón no les gustaba que siguiéramos, decían: “No aprendas nada, porque vas a acabar manteniendo al hombre, y él está obligado a mantener a la mujer; ella se tiene que adaptar a lo que él le dé”.

Mi papá trabajaba en una finca y ganaba muy poco. Vivíamos muy humildemente, y aunque pobre la comida, no nos hacía falta. No teníamos cosas lujosas, como un ropero, ni cortinas, ni radio. Nada, nada. Meramente era la casa y un cofre donde guardar tus cosas y nada más.

En mi infancia no se hacían fiestas en mi familia. Lo que ganaba mi papá era para comprar mercancía; comíamos carne una vez por semana, sólo los sábados, y el domingo un refresco que se dividía

entre todos.

Mi padre nunca nos pegó, no era alcohólico, pero sólo con verle la cara nos moríamos de miedo. Casi no teníamos contacto con él, pues se iba a las tres de la mañana y regresaba a las siete de la noche.

En ese entonces sólo nos iluminábamos con una vela que nos servía para toda la semana, no había luz eléctrica y no teníamos quinqué. La vela se prendía cuando mi papá llegaba de su trabajo, le daban su cena, se bañaba y entraba a dormir. Para entonces, nosotros ya estábamos durmiendo a oscuras. No lo veíamos, y cuando amanecía, ya se había ido. Cada ocho días, los sábados, cuando regresaba de trabajar en la tarde, y los domingos por la mañana, lo veíamos un rato, porque después le gustaba irse al béisbol y volvía hasta la tarde. Ésas eran las dos veces que lo veíamos.

De él jamás oímos una mala palabra; pero mi mamá a veces decía: "Chingada, chiquita", a lo que mi papá le respondía: "¿Qué es eso? ¿Cuándo me senté a enseñarles?" Él podría insultar en la calle o donde fuera, pero en presencia de nosotros decía: "Esas chiquitas están creciendo", y no lo hacía. Mi mamá sí nos pegaba. ¿Le dijiste algo? ¡De ésa no te salvabas! Si no hacías nada, te iba bien, pero ¿quién no hace travesuras?, de chamaco uno siempre hace travesuras.

Cuando regresábamos de la clase, nos ocupaban en cualquier cosa porque, según decía mi mamá, antes así las castigaban. Su abuela decía: "La chiquita no está haciendo nada, sólo anda dando vueltas". Y como era gente que no sabía leer ni contar, que no podía hacer un hilo contado ni muchas otras cosas, entonces agarraban el maíz o el frijol, lo revolvían con arroz y lo tiraban al piso. Luego nos decían: "¡Recójanlo! Y separen el arroz del frijol y del maíz". Ése era el castigo.

Pero, además, mi mamá sí nos castigaba. Nos daba nuestra "limpia" y nos decía que teníamos que aprender a hacer algo, y recalcaba: "A ustedes que son mujeres, si mañana o pasado se casan, no quiero que les pase lo que a mí. Ustedes tienen que saber trabajar". Éramos tres, mis dos hermanas más grandes y yo, y co-mo

teníamos que trabajar para vestirnos, sus palabras eran: “Si pita gana, pita pone; si seda gana, seda pone”. Y, entonces, para que nos hiciéramos nuestra ropa, mi papá nos compró una máquina que, según mis cálculos ya debe tener unos setenta años... Y así comenzaron a costurar mis dos hermanas y mi mamá.

Y ya andando en esto, mi mamá conoció a algunas personas que, gracias a Dios, eran de buen corazón. Ella les preguntaba, y le explicaban cómo se hacían las cosas. Así empezó, porque le gustaba. Desde muchacha ya tejía, pero no con agujas de tejer, porque no tenía dinero para comprarlas, sino con aguja de costurar. Así aprendió a tejer y a contar; aunque no sabía leer, contaba, y con eso pudo hacer el hilo contado. El bordado lo aprendió luego de pasar y ver cómo costuraba la maestra, hasta que un día le dijo: “Ay, señorita, quiero saber hacer aplicación”, y la maestra le enseñó.

La señora era una maestra “de categoría” y cobraba muy caro, pero a mi mamá no le cobró. Le mostró cómo se hacía la aplicación y varias puntadas, y le dijo: “A partir de éstas vas a ir sacando otras, vas a tener ideas, o le preguntas a otra persona”. Así aprendió, no todo, pero sí bastante. Cuando fueron creciendo mis hermanas, empezó a enseñarles, y nosotros veíamos cómo costuraba y fuimos aprendiendo.

Yo costuré hasta que me casé, pero a mí no me dejaban mi dinero. Mi mamá me daba pena, no teníamos nada y yo le decía: “Agarra el dinero, a ver si así nos alcanza un poquito más”. ¿Y qué tanto podía coser con la máquina chica? Pero llegó el día en que un hipil lo acababa en dos días prendida a la máquina de pedal. Y ella administraba mi dinero. Si yo quería comprarme algo, unos zapatos o lo que fuera, ella me daba de mi dinero. Pero de ahí a que yo dijera éste es mi dinero y puedo hacer lo que quiera con él, nunca. Hasta que me casé. Y así seguimos, dale y dale, hasta que se casaron mis hermanas grandes y nos quedamos mi hermanita y yo.

En mi adolescencia y juventud tuve algunos enamorados, como seis o siete, y no todos eran de por acá, pero nunca faltaba quien me dijera: "tiene esposa", "que tiene hijos", y así rompí con varios. Hubo uno con el que ya mero me caso, hasta habían empezado a hacer mi ropa y todo lo demás, cuando de pronto me dijo: "¿Sabes?, yo no me caso contigo. Si quieres, vámonos, yo te llevo y te doy todo, casa, alhajas. Pero vámonos así como estás; todo te lo doy, pero no me caso contigo".

No me dio la razón de su cambio, sólo me dijo eso. Éramos de la misma edad y llevaba conmigo como tres años de acompañarme, y hasta me había dado collares; con los otros apenas llevaba tres, cuatro o seis meses, de que te hablan, te acompañan y platicas, pero sin llegar a nada. En cambio, con ese otro sí me iba a ca-sar, tendría yo como dieciocho años. ¿Estaba enamorada de él? Pues quién sabe, no lo sé exactamente, pero creo que no, sólo fue que nos acostumbamos a vernos y a platicar, me buscaba, me traía, hasta el día que me dijo aquello. Le contesté que no, y él insistía: "¿Para qué vamos a esperar tanto tiempo? Mejor vámonos". Le dije que tenía la ilusión de casarme y que así no me pa-recía. Si me voy, no sabré si es de día o de noche, y cuando vea la cara de tu mamá ¿crees que me sentiré contenta, a gusto? Y según la educación que nuestros padres nos han dado, la mujer se tiene que cuidar, se debe cuidar; el hombre no pierde nada, pero la mujer sí.

Mi mamá siempre me decía: "La mujer una vez pierde, el hombre no". "¿Por qué?" "Bueno, tú has de saber por qué. El hombre se quita la ropa, se revuelca en el lodo, se levanta, se baña, se viste y es el mismo; una mujer no. Hazlo para que veas qué te sucede." Nada más eso nos decía, y nosotras siempre nos preguntábamos ¿por qué será? No había esa cultura que hay ahorita, en que la mujer que lo hace, lo hace porque quiere; la mujer que no se cui-da, también lo hace porque quiere, porque dice el dicho: "El hombre llega hasta donde la mujer quiera".

Entonces le dije: "No hay de otra". Yo sí me caso. Tenía la ilu-sión

de casarme. Con un carbonero o con el que pasara y quisiera casarse conmigo. Y este muchacho se fue, aunque después volvió y me dijo: “¿No te arrepientes? ¿No?, pues devuélveme mis cosas”. Me había dado alhajas de todas clases, de oro, de filigrana, cocoyol, de todas, pero como dicen, cuando a uno le entra la pulga, tengas lo que tengas nada vale y rompimos. Como al mes, me empezó a hablar el que ahora es el papá de mis hijos y no hubo poder de Dios que me separara de él. Hasta el sacerdote le decía a mi papá: “¿Vas a dejar que se case tu hija, si él es más joven que ella? No, no debe ser, no está bien”.

Él terco y yo terca. Él era cuatro años menor: yo tenía veintidós y él dieciocho. Su hermano no quería que nos viéramos porque decía: “¡Es una mestiza!, es así y con nosotros no se ha de juntar”.

Le daban dinero para que saliera a pasear. Su cuñado era de Cansahcab y tenía unas hermanitas ahí, y quería que se casara con una de ellas. Lo mandaban los sábados, que eran los días que venía a verme, y si no, lo mandaban a Mérida. Nosotros nos escribíamos a pesar de todo, le daba las cartas a mi cuñado y él me las traía. Ni mi mamá ni mi hermana lo sabían, nadie. Hasta que se fastidió mi cuñado y decidió llevárselo de aquí. Y se fueron a Ciudad del Carmen: mi suegra, mis cuñadas y él. Y le decían: “A ver cómo le haces para ir a verla”, pero él me escribía y yo le contestaba. Él me escribía desde su trabajo y me mandaba la carta, y yo le respondía a esa dirección, pero un día, no sé qué pasó, cayó la carta en manos de mi cuñada, que muy enojada dijo: “Esos desgraciados lo mismo se siguen tratando, ¿qué demonios hacemos aquí? Nosotros pasando necesidades, ni siquiera tenemos casa buena, rentando acá teniendo casa en Motul”. Y entonces le escribieron a mi cuñado, que finalmente les dijo que volvieran. Él seguía visitándome.

¡Uy!, si el poste de la puerta de mi casa hablara, diría las horas que él pasaba ahí parado, esperando, a cualquier hora, cuando quería hablar conmigo; son cosas que a veces recordamos. Como aquella noche en que, para ganarse a los perros, unos perros bravos que

teníamos, él llegó con panuchos, se paró en la puerta y los llamó. Cuando se acercaron, les dio su panucho y empezaron a mover la cola, y así los perros ya no le ladraron. Otra noche, después de varios días de no vernos me dijo: “Tenía muchas ganas de hablar contigo, pero no había podido, no me dejaba salir mi mamá, estaba tras de mí”.

No lo dejaban salir y a mí tampoco, y no éramos chicos, yo ya tenía la mayoría de edad, pero ésa es una regla que allá nadie rompe. Aun así, él se dijo: “Yo la tengo que ver hoy, a como dé lugar”, y vino y se paró allá, frente a la puerta. Y ahí se quedó hasta que vio que estaba oscuro. Nosotros, cuando mucho, nos acostábamos a las ocho de la noche, no nos dejaban salir y nos dormíamos. Esa vez eran como las once de la noche y él seguía allá. “Voy a entrar, a ver si no me comen los perros”, se dijo y abrió la puerta. Le dio sus panuchos a los perros y se fueron a comer. “¿Dónde estará su hamaca, dónde dormirá?” La nuestra era la única casita de paja, y dentro estábamos mi hermanita, mi hermanito, mi mamá, mi papá y yo, pero a veces se iban a dormir a la otra casa y nos quedábamos los hermanos. Esa noche no durmieron todos aquí, pero él no lo sabía. Pensaba: “¿Cómo la voy a ver?” Y empezó a empujar la ventana, a ver si se abría. Y se abrió, pero estaba oscuro. No vio nada. Estaban las hamacas, pero no pudo saber quiénes dormían en ellas. Luego me contaba: “Estaba de lo más concentrado buscando tu hamaca, cuando de repente vi una cosa blanca y corriendo me fui de allí. Fui a parar hasta mi casa. Cuando llegué, ya mero me moría del susto. Mi mamá me preguntaba: ‘¿Qué te pasó? ¿Te correataron? ¿Te asaltaron? ¿Qué te pasó?’ Tenía agarrado mi corazón que ya mero se me salía”.

Lo que pasó fue muy simple. Antiguamente no había baños como los de ahora, no había esas cosas, y mi mamá salió a orinar, pero había un poco de fresco, por lo que se tapó hasta la cabeza con su sábana blanca y él pensó que ahí había algo feo, un animal quizá. Bueno, pues ni así se apartó. No hubo poder sobrenatural que nos separara. Cuando decía que vendría a verme y no venía,

yo casi me moría. Duramos como cuatro o cinco años así, porque no querían que se casara. Después él también dijo: "Sí me caso y sí me caso". Yo le decía: "Si no te dejan tener novia, pues anda y vive feliz, y a mí me dejas tranquila". Porque venía y me regañaban, según ellos porque ya no hacía nada; y todo eran regaños. Decía mi difunta hermana: "Mamá, deja que se casen y se acabó; te quitas de encima el problema". Pero mi mamá no quería, y los otros tampoco querían y hubo problemas. Mi cuñado no quería porque yo era más grande que él y porque era mestiza. Ellos se creen que son catrines, que viven otra vida, según ellos. Y mi ma-má no quería porque él era muy joven y mucha gente le decía que ese muchacho no trabajaba, que era un bandido, que esto y que lo otro.

Sus papás vendían velas, tenían una tienda muy grande y tenían mucho dinero, pero decían que a mi suegro le gustaban mucho las mujeres y que por eso se fueron para abajo. Hasta después supe por qué. A mi suegra casi todos los hijos que tenía se le morían de siete u ocho años, hasta que le vivió mi cuñado. Después todos los demás murieron, y vivió mi cuñada. Después de ella siguieron otros dos que murieron, y luego nació mi marido. Con tantos hijos que murieron, a él lo consintieron demasiado, no le exigieron que llevara dinero, que fuera trabajador, no le exigieron nada. En eso muere mi suegro, y mi suegra enferma. Se vieron entonces en la necesidad de trabajar. Y el trabajo era el que hacía mi suegro: vender velas en las funerarias. La gente del pueblo comentaba que él no hacía nada. Cuando me casé, mi suegra vino para acá y aquí se hizo la boda, se festejó el acto civil y por la iglesia, todo, y así se hizo porque dijo mi suegra: "Como yo no tengo casa, aquí se hará todo". También vino mi cuñado, pero él sí estaba molesto, y hasta la fecha a él no le gusto.

Por fin nos casamos, pero como no tenía casa, le dijeron que nos quedáramos aquí, y mi papá aceptó. En ese entonces buscó otro

trabajo. Lo encontró en una cervecería y se iba a los pueblos a llevar cerveza. Después pasó a paletero, pero pienso que no lo enseñaron a trabajar, le dieron una vida fácil y se acostumbró a eso. Pero como dicen cuando te quieres casar: "Ya te enamoraste, ya te cargó el brujo", porque como lo que quieres es casarte, no te sientas a pensar qué va a venir después. Por eso les digo: "A ver si aguantan, no crean que es como en la novela, una pobre se casó con un rico. No es cierto, cuando te casas es cuando empiezas a vivir, ahora vas a ser cabeza, madre de familia, ¿cómo los vas a mantener?, ¿cómo los vas a crecer? Eso nadie lo tiene en cuenta".

Nuestros principales problemas eran económicos. Si un día ganaba bien y me lo quería dar todo, todo me lo entregaba; pero si esa semana no quería darme ni un cinco, ni un cinco me daba; y si le decía: "¿Qué voy a hacer?", contestaba: "Ve qué haces". No me pegaba, no me maltrataba, pero no me daba el gasto, que era lo importante. Yo siempre lo digo: de amor no vive uno, lo que se necesita es el gasto.

Cuando me casé con él, me trató con respeto. Mi noche de bodas fue como la había pensado, él era una bella persona. Durante el tiempo que estuvimos juntos lo fue, el problema era en lo económico, porque si quería dar, daba; y si no, no. ¿Quería verlo contento? Cuando llegaba había que darle su comida, lavarle la ropa, planchársela y estaba feliz, no decía nada.

Eso sí, no le pidas dinero. Si te lo quiere dar, te lo da, pero si no, se va y no vuelve hasta la noche. Yo nunca le tuve miedo, cuando necesitaba pedirle, le pedía, y entonces teníamos problemas. Pienso que es malo cuando uno se acostumbra a tener dinero. Yo estaba acostumbrada a trabajar; por ejemplo, lo de mi costura se lo daba a mi mamá, pero si alguien viene y me dice: "¿Me haces un favor?" lo hago. ¿Cuánto me daban entonces? Un peso, y ese peso lo ahorra-ba. Sabía que ese peso era mío. "¿Oye, me llevas tortillas al centro?" Llenaba mis bolsas y me iba a entregar tortillas de la señora de aquí enfrente, una viejita que me daba veinte centavos, y así vas teniendo;

te acostumbras a tener tu dinero, pero si te casas, tienes que lavar y planchar, tienes que cocinar, atender a tu hijo, servirlo, y se acaba la semana y no te dan tu gas-to, ¿a quién le va a dar risa? No te puedes reír. Y tampoco puedes costurar lo que costurabas, ya no atiendes a otras personas porque tienes que estar en tu casa por tus hijos. Yo tuve diez hijos, cada dos años uno. Nomás el primero fue de año y medio, los demás cada dos años. Tengo uno de tres años.

Cuando empezaron los chiquitos y los problemas le dije que no me quedaba de otra y me fui a buscar trabajo a Mérida. Entré a casa de un licenciado. Eso fue en 1967, porque ya me había fastidiado de que no me diera lo del gasto, ni nada, siempre lo mismo, y decidí irme a trabajar. No me acuerdo exactamente cómo pasó, la cosa es que me fui a Mérida.

Una vez, estando yo embarazada, veníamos de entregar un trabajo suyo con él y mi hija. Al bajarme del camión, me vi en un charco de sangre y agua, yo iba a abortar y le dije: “Mira eso”. “¿Qué te pasó?” “La verdad, no sé.” Salió a buscar un taxi para que me llevara al centro materno, que era donde me estaban atendiendo, y en eso se detuvo un coche con dos jóvenes. Uno se bajó: “Señora, entre al carro”. El joven me cargó y me metió en el carro. Yo no me quería sentar porque estaba bañada en sangre, y él me dijo: “Usted no se fije, ni mire los cojines, ni nada, usted siéntese”, y me llevó al materno. Ahí me dijeron que subiera, que no había ni enfermeras, ni camillas. Entonces se bajó el otro muchacho y les dijo: “Esta señora no está bien, ¿qué no es una institución?, ¿no está viendo que se está muriendo? Súbala, si no, yo mismo le pongo una demanda”. Eran dos muchachos, jamás supe quiénes eran. Vino otro señor, trajo la camilla, me subieron y me llevaron a trabajo de parto. Llegó el doctor y me preguntó si tenía dolor. Le contesté que no. La enfermera le dijo:

- ¿Por qué no le pone una ámpula para coagular?
- No, porque va a llegar.
- Pero no tiene dolor.
- Pásela a un cuarto sola, con nadie más.

Me metieron a un cuarto, la enfermera me tapó y me quedé allá. A las cinco de la mañana vino el doctor y preguntó:

—Señora, ¿cómo se siente, tiene dolor?

—Sí, pero muy apenas.

—Súbanla a la mesa inmediatamente.

Y nació mi hija, una cosita chiquitita y prematura, a la que le puse Azucena del Rosario.

Cuando nació la metieron a la incubadora donde debía quedarse por dos meses, y nosotros sin dinero, ¿de qué manera la iba a sacar?

Al tercer día me dieron de alta y me dijeron que debía ir a diario a verla. Nomás a verla, porque ni leche tenía, nada. Una de esas tardes en que iba a visitarla, conocí a una señora de Mérida que me dio posada, y así podía verla todos los días. Pasó un mes, mes y medio, no tenía dinero, y mi esposo me dijo: “Me tengo que ir a trabajar a otro lado para mandarte dinero”. Pero no era para eso, sino para deshacerse del problema. Se fue por ahí, por Tabasco y yo me quedé con mis seis hijos y con el pendiente de ir a verla, pero había días en que no podía, y como estaba en casa de mi mamá, me regañaba y me regañaba. Pronto me fastidié y cargué con mis hijos a Mérida. Según mi mamá, ella se molestaba porque le contaban que veían a mi marido con otra y decía: “Claro, él cenando y su mujer muriéndose de hambre con sus hijos”. Le daba coraje, pero no se desquitaba con el que se lo contaba, ni con él, sino conmigo y los chiquitos. Como veía que yo nunca descansaba, que lavaba, hacía esto, la ayudaba, costuraba, me decía: “Tú como mula trabajando y él, dichoso, paseando, a ti no te dio dinero”. Cuando le decía: “Sí me dio”, me contestaba: “No te dio, y cuando te diga no, es no”. Aunque veas un mueble, si ella dice que es piedra, es piedra, así son las cosas.

Yo no trataba de defenderlo. Cuando tenía razón, tenía razón, y cuando no, pues no. Pero hay una cosa que yo pienso: para salir adelante tienes que ahorrar, y ¿cómo ahorro si no me completa mi gasto? Así no se puede, y yo no soy una persona que le diga “no tengo dinero, ¿qué vamos a comer?”. Él se va y no vuelve, ¿voy a dejar que

mis hijos se mueran de hambre? Si tengo diez pesos, los agarro y compro cinco o tres pesos de puerco, anda a comprar huevo, tortilla, un refresco y vamos a comer, no voy a esperar a que él venga a las dos, tres o cinco de la tarde, tengo que darle de comer a mis hijos. Lo poquito que tenía lo gastaba, por eso también tenía problemas. Mi mamá me decía: "Tú nunca ahorras, no sabes ahorrar". No podía ir al cine, porque según ella: "Vas a gastar cinco pesos en el cine. Júntalo, cuando tengas tu casa irás a donde quieras, pero mientras no tengas casa, no tienes derecho a gastar un peso". Entonces no podía ir al cine, ni comprarme algo que me gustara. Ya tenía seis hijos, y como treinta y tantos años, porque me casé de veinticuatro. Ése era el problema, pero me dije, aquí acabó, recogí a mis hijos y me fui a Mérida.

Como ya se habían casado todas mis hermanas, mi mamá se sentía sola y entonces me pidió: "Dame a uno de tus hijos para que me acompañe". Y le di al grande, pero no sé qué problema tuvo, que mi niño dijo: "No vuelvo a ir", y regresó conmigo.

Otra de mis hijas se ofreció: "Yo voy", pero sucedió que se le perdió un dinero a mi mamá y, según ella, mi hija lo había agarrado. Quería que la cacheteara enfrente de ella. "Es mi hija, no sé si lo agarró o no, y no es la única que entra en la casa. Yo sé que no lo agarró." En vista de que no le pegué como quería (si agarré a mi hija, le pregunté, le hice ver las cosas, pero no la castigué como ella quería), se enojó y yo también. Me llevé a mi hija.

Luego me volvió a pedir: "¿Por qué no me das a una de tus hijas? Eres mala, eres esto..." Yo nunca guardo rencor y pasó, ya estuvo, se olvidó y le llevé a otra de mis hijas. Tenía cuatro años, estaba chica y se quedó con mi mamá. La quisieron mucho mi papá y mi mamá, dormían con ella como si fuera su hija. Así, cuando me fui, me llevé nada más a cinco.

Y entonces sucedió que ella se queda encomendada, y yo ¿qué voy a hacer? Se va él y yo me quedé prácticamente con todo el paquete. Pasó el tiempo, y tenía ya casi dos meses, cuando mi di-funta hermana me dijo: "Vamos a ir para conocer a la niña". No la conocían, y mi mamá se desesperó y empezaron a buscarme, y buscándome, me encontraron. Mi hermana me dijo que regresara. "Sí vuelvo, pero denme un tiempo más." "Está bueno, mamá quiere que regreses."

Pedí un tiempo más porque sabía que al regresar tendría problemas, y yo ya no quería más. A la señora que había conocido en Mérida, le lavaba, le arreglaba la casa y comía con ella. La casa era grande y tenía un cuartito de servicio que tenía todo. La señora me recogió con todos mis hijos y me dijo: "Déjame a una de tus hijas para que me acompañe". Quería a la grande, que tendría como ocho años. "¿Qué vas a hacer? Si quieres ir con mi nuera, está buscando servicio y te recibe con la niña." "Sí voy, pero antes tengo que saber lo que voy a hacer con la niña que tengo en el hospital."

Mi hermana fue a conocerla, y cuando llegó ya la habían pasado a los cuneros. Le dijeron que la iban a llevar a la casa de cuna porque yo no podía sacarla. Me pedían trescientos cincuenta pesos esa vez, que era un dineral. Mi otra hermana, la viuda, que tenía dinero, quiso sacarla del hospital y no se la entregaron. Y yo no podía sacarla. Me fui a la puerta de la iglesia. Rezaba y lloraba, rezaba y lloraba pensando qué hacer. En eso, se me acercó una señora y platicamos. Me dijo: "Mi hijo trabaja en el Palacio de Gobierno, te puede ayudar". "¿De veras?" "Sí, ya está por llegar" (todos los que me ayudaron fueron puros jóvenes). Llegó y le contó lo que me pasaba. "¿Sabe con quién va a hablar? Con el gobernador." El gobernador era uno al que le decían la Chaya Gómez. "Pero si he oído que para entrar a hablar con el gobierno necesitas sacar cita, hacer cola, y a mí me urge, porque a ella ya se la van a llevar, nada más me quedan veinticuatro horas." "No se apure, mañana la espero a las ocho de la mañana." Cuando dieron las siete, yo ya estaba allá y me senté a la puerta. No sé de dónde agarré una novelita y empecé a leer. Se

acercó un señor y me dio un dinero. Luego llegó el muchacho y me dijo: "Vamos", y subimos. Yo nunca había entrado al Palacio. En lo que esperábamos, llegó y me saludó. El joven le dijo: "Le pasa esto a la señora". "Claro que sí se puede." Todavía me estaba diciendo que sí y no le creía. Me dio una tarjeta y me dijo: "Vaya a esa cuarta puerta". El muchacho se despidió: "Bueno, señor, ya me voy. Cualquier cosa que necesite voy a estar abajo".

Fui a donde me dijeron. Ahí una muchacha me mandó a la oficina de "Coordinados", donde me atenderían, y que con la tarjeta que me dieran fuera al centro materno. "¿Y sí me la van a dar?" "Sí, sí se la dan" y me fui a Coordinados. Entré en aquel lugar y alguien que estaba desyerbando me dijo que no podía pasar. "Pero si vengo del Palacio de Gobierno", y me miró de pies a cabeza. Imagínese, cuántos chiquitos, no tengo ropa, no tengo para vestir, va uno lo mejor que puede, pero no como para entrar en ese lugar. Se levantó y me dijo: "Pase".

Después pregunté por la licenciada que me dijeron, y salió una muchacha bonita. "Qué se le ofrece", me dijo muy amable. Le expliqué. "Pero, ¿es su hija?" "Sí." "Tiene que pagar treinta y cinco pesos." "Y ¿con treinta y cinco pesos me la van a dar?" "Sí, porque la manda el gobierno."

¿De dónde saqué treinta y cinco pesos? Mi hermana, la difunta, me llevó cincuenta pesos y me dijo: "Ayúdame". Saqué a la niña, le compré su leche y su biberón, pero la niña estaba delicadísima, no le podía entrar ni un polvito, tenía que estar casi encerrada, en una buena casa, con un buen piso, techo, ahí tenía que estar, y yo la saqué y la traje aquí. Cuando llegó mi mamá, me regañó, en vez de que le hubiera dado alegría porque vine; ni modo. No supe la causa, hasta hace cinco años, antes de que muriera mi papá. Cuando mi hermana supo que no me darían a la niña, vino a decírselo a mis papás, que necesitaba trescientos cincuenta pesos para sacarla, y todos sus ahorros se los dieron a ella, que ni se acuerda, ni me lo dio y se quedó con el dinero. Cuando llegamos, a ella no le causó alegría y me dijo: "¿Dónde está su papá?" Ahí vino otro problema y

yo me volví a Mérida.

Una vez que estábamos comiendo, me dijo doña Judith: "No te vas a poder quedar porque hoy es mi cumpleaños, y mi hijo va a hacer un almuerzo, pero si quieres, te doy la comida". Y como era nueva, entendí sus razones y nos fuimos a comer en el paseo que está por Chapur. Cerca de un lugar donde venden jugos y había mucha gente, nos sentamos a comer. Otras dos personas de blanco, una doctora y un doctor, también comían; en una de éstas se viró el doctor y me dijo: "Tenga, señora, pero no lo vayan a tirar, que lo coman, porque me ha dado gusto conocerla". No sé quién es ni cómo se llama. Y la doctora abrazó a todos mis hijos y nunca supe quiénes eran; ni la señora que me ayudó allá en la puerta de la catedral, no supe nada, pero la ayuda llegó.

Luego mi hija se puso muy enferma. Para entonces había conseguido un trabajo con un doctor, y él empezó a tratar de curarla y no quedaba bien. Mi otra hija, la que estaba con doña Judith, hizo su primera comunión y no pude ir a la misa, me la perdí porque estaba con la niña muy mala. En la tarde llegué a donde trabajaba y la señora me comentó: "Me dijo mi hijo que la niña no tiene remedio, que está desahuciada, que lo que tienes que hacer es olvidarte". Pero eso era imposible. Al mediodía bajó la señora y me dijo: "Si es una enfermedad por aire, o no sé cómo lo entiendas, yo te la curo, pero no te aseguro nada". Subió a su cuarto y cuando bajó me dio un vasito con agua. Me dijo: "Baña a la niña con esto a las doce". Rayando las doce la bañé. "Hay que santiguarla", y la santiguó, y sanó la niña. Cosas que se dieron, que no sé cómo pasaron.

La señora era de Guadalajara y me quedé al servicio de sus hijos; si me pedía que le planchara toda la ropa de sus hijos, lo hacía; si me decía: "Mari, ¿me haces un favor?", nunca decía que no en agradecimiento por haber salvado a mi hija, y porque ella veía que

trabajaba bien.

Cuando decidieron vender la casa, me dijo:

—Mari, vas con nosotros. Me voy a Guadalajara.

—No puedo ir, tengo hijos, no puedo. ¿Cómo va a creer que me vaya?, ¿y ellos?

—Te llevo dos, te llevo tres, tú y tu marido, cinco, para que veas que sí quiero que vayas.

Entonces vine y le dije a mi mamá.

—Déjame a los tres, ya son seis, déjame a los tres y te llevas tres, y así no hay problema.

Y me fui a Guadalajara. En mi vida hubo tres personas con las que trabajé: doña Judith, que me recogió con todos mis hijos, la mamá del doctor y la hija.

Al llegar a Guadalajara mi trabajo cambió, porque ella tomaba. Me decía: “Me tienes que acompañar”, y empezábamos a pasarnos de copas. Mi marido trabajaba de policía, mientras nosotras tomábamos en la casa. Estando allá, ella se enamoró del chofer, y a mí me tenía como dama de compañía. “Vamos a tal lado”, y al marido, mientras yo fuera, no le importaba; nos daban la camioneta y nos íbamos. Todo lo que el señor compraba, ella se lo llevaba al otro. Cosas que hacía, le daba perfumes, oro. El chofer tenía su esposa y su bebecita, y a mí me daba pena, porque llegábamos a casa de él y abría su esposa y le decía: “¡Roberto, llegó la patrona!”, y él salía rápidamente. Ni siquiera le decía: “Al rato vuelvo, voy a tal lugar”, nada más se metía a la camioneta y nos íbamos. A veces a un lado de la playa, a un monte, donde fuera, y se llevaba la cerveza, lo que se iba a comer, todo. Cuando regresábamos, la señora le decía a su esposo: “Es que estoy haciendo un trabajo”.

La hermana del chofer era la que arreglaba la casa y trapeaba, y ella empezó a darse cuenta, y como no la invitaban se enojaba. Yo llevaba ya muchos años con ellos y había confianza. Atendía al doctor y al licenciado. Luego se casó el doctor y atendía sólo al licenciado. Hicimos buena amistad, nos entendíamos muy bien.

Él salía, compraba, y siempre me regalaba algo. Un día me dijo que quería regalar unos pañuelos.

—¿Para su novia?

—No, sólo es una amiga.

—Para marcar un pañuelo muy personal, no hay nada mejor que el cabello para hacer el hilo contado, es el mejor hilo que existe.

—¿De veras?

Y le marqué unos pañuelos. Por eso siempre me regalaba algo. Cuando había fiesta en su casa, yo preparaba todo, pero como venían muchos muchachos y muchachas me decía: “Me preparas todo, Mari, pero a las siete de la noche te pido por favor que te metas a tu cuarto y, oigas lo que oigas, no salgas porque van a venir mis amigos”. La fiesta era arriba y yo estaba en la planta baja. Cuando amanecía, limpiaba todo, haz de cuenta que no pasó nada, por eso me consideraba mucho y siempre me hacía regalos, y a mis hijas les daba juguetes, cositas.

Por entonces, la hermana del chofer se empezó a encelar porque a ella no le regalaban y a mí sí. Un día que él regresó de un viaje, me trajo unas alcancías, me felicitó y me abrazó. Doña Isis se molestó tanto que dijo que mi hija Chari no era de mi marido, sino de Jorge, y se lo contó a la señora.

La señora me llamó: “Quiero que me digas la verdad”. “Así como usted me ve, jamás le haría mal a otra persona. Nunca dejé a mi marido; mi mamá, desde mi primer hijo, me decía: ‘Déjalo’, y yo contestaba que no, porque todavía soy joven y el diablo no se duerme. Uno anda, cualquiera se burla. Si diez hijos voy a tener, que sean de un mismo padre, no quiero que haya hermanastros; porque tienes un hijo, te juntas con otro hombre, llegas a tener un hijo de él, y él va a querer al suyo y no al tuyo, nadie quiere hijos ajenos, lo tengo muy claro. Voy a aguantar hasta donde pueda, porque cuando yo diga aquí acabé, aquí acabo. Crea lo que quiera, mi conciencia está limpia”.

Mi marido supo del chisme. En ese tiempo estaba conmigo.

Cuando acababa el problema, regresaba. Iba y venía. Se iba un año y regresaba; se iba seis meses y regresaba; y como era policía, le tocaba en diferentes lugares y según él no podía venir, pero no era cierto, para qué nos hacemos tontos, que uno no lo quiera ver ya es otra cosa. El caso es que el chisme se lo dijeron a mi marido.

Yo conocí muchos centros nocturnos porque íbamos con el cho-fer. Después se lo contaron al señor, y ella supo todo lo que me estaba diciendo. Un día subí a llevarle su café y tenía su pistola pre-parada. El señor ya tenía su manopla, ya estaba el pleito entre ellos también y me dijo: "Mira, Mari, el que hable, en la punta de mi pistola va a acabar". En la noche vinieron a golpear a mi puerta. Era su otro hijo, Pablo: "Doña Mari, no vaya a abrir, cuidadito que va-ya a abrir, porque mi mamá ya sacó su pistola y con ella no se pue-de". "Pablo, yo no le estoy haciendo nada a tu mamá. Me llevó a tales centros nocturnos, tomó, bailó, ¿qué quieres que haga? Ella es la patrona. Cuando tuve el problema en Mérida, le pregunté a don Agustín a quién le tenía que hacer caso, a su hijo o a usted, y me di-jo que a la patrona, 'lo que diga la señora'. Por ley tengo que obe-decerla. Me lleva, qué quieres que haga, no puedo decir nada, es un matrimonio, es una persona grande... Nos llevaba supuestamente a cenar, pero eran lugares donde se podía bailar, y la pista estaba oscura, yo no veía qué hacían, a mí me dejaban sentada, solita..."

El asunto acabó en que me sacaron. El problema fue que nos íbamos de vagas. La señora le dijo al señor, el señor me preguntó, ¿y qué querían que le dijera? No hubo necesidad de que le dijera todo, como hombre, se lo imagina. Y el patrón y la patrona sacaron sus armas. Pienso que Dios se interpuso y no me hicieron nada, su hijo me avisó y le dije: "Prefiero vivir a media calle a que me maten".

La patrona dejó a su marido, aunque era de mucho dinero y tenía todo el lujo en su casa, y se fue a vivir con el chofer, quien dejó a su esposa con su bebé.

Para variar, mi esposo se desapareció todo ese tiempo. Sólo gracias a que conocí a una enfermera, pude dejar encargadas mis cosas

y me fui a un hotel. De ahí anduve deambulando. Luego regresó mi marido y él veía lo de la casa. Vivíamos del tingo al tango. Empecé a buscar trabajo. A mi hija la grande, cuando llegamos a Guadalajara, la señora le buscó un lugar donde aprendiera a leer; también hubo cosas buenas, y a mi hijo lo entregó en una tapicería para que aprendiera el oficio.

Cuando regresé de Guadalajara, llegué sin nada, pues malvendí mis cosas y otras las dejé. Sólo traje mi tele y mi máquina de co-ser que me llevé cuando me fui.

Unas vecinas me mandaron gente que quería que les costurara algo, y así empecé a tener clientes otra vez.

Le pedí a mis papás que me vendieran un pedacito de terreno en Motul, pero mi papá no quería porque todos mis hermanos se iban a molestar. Finalmente lo convencí y empezamos a construir la casa. Mi papá rellenó el piso. Yo hacía bolsas, las costuraba y las ven-día. Le pedí a mi esposo que nos ayudara a rellenar el piso y me di-jo: “Me lleva la chin... , siempre me tienes que ocupar”. Lo empezó a hacer de mala gana y echó el escombros sobre las herramientas de mi papá. Cuando amaneció, tuvimos que escarbar otra vez to-da la tierra para sacar las herramientas. Entonces reventé y le dije que ya era hora de que se fuera: “Ya te aguanté lo suficiente”.

Dejé de lavarle la ropa y de darle de comer. “Lo siento en el al-ma —le dije—, pero ya van más de veinte años que te estoy aguantando.” Cuando él iba a lavar en mi batea su ropa, traía su jabón y su cloro. Cuando terminaba, tendía y lo guardaba todo otra vez para que yo no lo usara.

Cuando mis hijas iban a hacer su primera comunión, dijo el cu-ra que los papás teníamos que asistir a las pláticas. Le pregunté si iría, y dijo que sí, pero iba con sus sayonaras sucias y el más viejo de sus pantalones despintados. Se ponía esas camisas como si fueran las

únicas que tuviera, y a mí me daba mucho coraje. Todo le molestaba en la plática y cuando salíamos de la iglesia me dejaba, se adelantaba. A la hora de dormir, como la casa todavía no tenía techo, a media casa tendía un hule espuma en el suelo, su sábana encima y se dormía. Si alguien venía a visitarme, me decía: “No lo dejes entrar”. “¡Pero si ésta es mi casa!, claro que lo voy a dejar pasar.” Se pusieron duras las peleas.

Cuando cobraba mi costura, me pedía dinero prestado, pero yo no se lo daba y le preguntaba: “Y tus hijos ¿qué van a comer? Entonces les pedía dinero a sus hijas, y como ellas lo quieren, se lo daban; pero él no lo devolvía. Yo les advertí que no le dieran por-que lo iban a mal acostumar. Cuando salía solo, limpiaba muy bien sus zapatos y llevaba su pantalón bien planchado, se perfumaba y se iba. ¿A dónde?, no lo sé.

En eso nació mi hija número diez. Yo le decía: “Tú lo quisiste, yo no quería más hijos, así que la tienes que mantener”. Al principio puro chucho le daba, pero luego le dije a mi marido que, para ayudarme, le comprara su leche, pues yo también trabajaba y me cansaba. Le compró leche una vez, y cuando se acabó le pedí más. “¿Dónde la voy a ir a buscar? ¿La voy a robar?”, me dijo. “Si no la robas tú, la voy a tener que robar yo. Esa niña tiene que crecer.” Y se armó el pleito en grande. Y le dije: “No quiero seguir peleando contigo. Tú quisiste a la niña, así que cuando lllore y pi-da su leche, no sé qué vas a hacer. Te la dejo para que veas lo que se siente, te la voy a dar, pues yo crecí solita a nueve chiquitos y tú nunca hiciste nada, siempre me dejaste con el paquete y yo todavía de mensa haciéndote caso, así que esta niña es tuya”.

Él se acostó y no dijo nada. Yo lo seguí fregando con la leche de la niña y él se embrocó en el piso. Me dormí, creo que pensó que le iba a cumplir la amenaza, y no supe a qué hora se fue. Se llevó su silleta, su maleta. Como a las ocho de la mañana regresó y me dijo: “Toma la leche de la niña, y además —me tiró treinta pesos—, para que compres la comida. A las doce vengo”. Dieron las doce... ¡y hasta

hoy no ha vuelto! Se fue definitivamente.

Pasó el tiempo, y empezó a hablar por teléfono, quería volver, que había comprado regalos para las niñas... Puro cuento, ya no volvimos a saber de él. Luego mandó una postal con la Santísima Trinidad y los diez mandamientos. Y le digo a las chiquitas: "Eso se lo debería colgar él en su garganta, para que lo vea. Yo de eso na-da he hecho", y se ríen mis hijas. Luego mandó una carta pidiendo perdón, "y me voy a portar bien, quiero regresar, si no me contestas, nunca voy a volver, ni vas a saber jamás dónde voy a acabar". Pues, bendito sea Dios, dije, ya no vamos a saber de él.

Hay cosas que aunque uno no quisiera pasan. Recuerdo que era un irresponsable. Cobraba el trabajo y no lo hacía; yo tenía que devolver el dinero con mi costura, y le pagué muchas cuentas. Yo me separé, no me divorcié. Últimamente me quise divorciar, pero el juez que me casó en esa época era mi patrón y nos casó por separación de bienes.

Supe que iban a dar crédito a las mujeres, pero que teníamos que agruparnos. Hicimos la reunión y yo quedé como vicepresidenta y mi hija como tesorera, pero la presidenta resultó mala, mentecata, pues siguió solicitando crédito a nuestro nombre. Si no se devolvía el crédito, dijeron que las responsables eran la vicepresidenta y la tesorera, y nosotras no estábamos enteradas de lo que hacía. Quisimos darnos de baja, pero la presidenta no nos dejaba, y así pasaron dos años. Un día vinieron de visita unos amigos que son muy altos y les pedí que me acompañaran a casa de la presidenta. Aunque no quería firmar que aceptaba nuestra renuncia, tuvo miedo de que mis acompañantes fueran judiciales y lo firmó. Aun así, no citó a ninguna reunión para volver a formar la mesa directiva y siguió recibiendo apoyo con la misma acta constitutiva.

Conseguí un crédito de \$7,000.00, pero coincidió con la enferme-

dad de mi papá, que dependía de mí, y lo ingresé al hospital O'Horán. Estuvo internado casi dos meses y ahí se me fue todo el dinero. Además, en la planta del pie me salió una ampolla de tanto costurar y pedalear en la máquina. No sanaba porque como soy diabética, se me gangrenó y tuvieron que amputarme el dedo. La herida siguió sin sanar y me volví a endeudar. También me enfermé del apéndice y me operaron; luego mi mamá se puso mala de los riñones y quedó como inútil a los ochenta y nueve años. La atendí en su enfermedad, y como también era diabética, le tuvieron que amputar la pierna, lo cual empeoró la situación económica, pues tuve que comprar una cama para ponerla, y junto con mis hijos nos organizamos para cuidarla. No teníamos dinero para silla de ruedas, ni equipo para bañarla. Necesitábamos sábanas y una mesa para acostarla y bañarla y, de repente, empezó imaginariamente a costurar. Movía las manos como si tuviera la aguja agarrada y se concentraba en su costura. Cuando le preguntábamos qué estaba haciendo, decía que un traje de novia para mí, pues pronto me casaría. Estuvo así como quince días, y a lo último se le veía muy apurada costurando, cortando, mordiendo el hilo con sus dientes, y volvía a enhilar la aguja imaginaria, hasta que un día, con una gran sonrisa de satisfacción me dijo que ya estaba listo el traje. Cerró sus ojos y descansó. Quedó muerta.

Otra vez a gastar dinero que no teníamos. Con los gastos del velorio, las deudas crecieron, y en eso vino el ciclón Isidoro y se llevó el techo de lámina de mi casa. La gente a la que el gobierno le dio los apoyos para repartir en el pueblo no me quiso dar nada porque yo tenía máquinas y mi casa estaba pintada y limpia, aunque sin techo. Lo poquito que ganaba lo había invertido en máquinas o en la compra. Y cuando vino Isidoro y se llevó lo poquito que teníamos, me echó a perder todo: la veleta que acababa de instalar la botó y no podíamos regar; los limones y las naranjas, todas las botó y tuvimos que volver a sembrar. Ahora necesito comprar una bomba para regar lo poco que ya logré, el agua potable no sirve para eso, deja los frutos muy chiquititos y se caen.

La casa no me la dieron hecha, tuve que comprar material, hacer el baño, pagar los gastos. No es posible que alcance el dinero si no hay hombre que te dé tu gasto, para así ahorrar lo que ganaba. Pero nosotros no podíamos ahorrar mucho porque salían los gastos, la enfermedad, y te vas sobregirando, y así no avanzábamos. Luego me fui sola a Mérida y me dijeron: "Su crédito, ¿cuánto hace que salió? \$4,200.00, la mitad la devuelves y la mitad no, con eso compras mercancía, la trabajas, la vendes". La mitad la invertí y la otra mitad me la comí.

Todo lo que tengo lo he adquirido con mi trabajo y en abonos, y gracias a gente buena que me ha regalado cosas. Siento que he sufrido como en todo, en el momento; después todo pasa y vives tus alegrías. Para mí lo mejor fue conseguir mi casa; aunque casi no salgo a pasear, pues tengo que ahorrar, como decía mi mamá.

Pero un día conocí a Gonzalo, que vino con su primo a traer costura y se hizo muy amigo de nosotras. Hace tres años que los conozco, y él en su coche me ha llevado a conocer Chichén Itzá. Su prima me dice: "¡Ay, usted tan cerca y no conoce Chichén! "Es que no tengo dinero para pasear." Ellos me llevaron a Valladolid, a Oxkutzcab y a Ticul; me llevó a Veracruz, y una prima que vive ahí nos llevó a los museos y a pasear, y de regreso fuimos a la feria de Tabasco.

Mis hijas y yo hemos logrado lo que siempre quisimos: vivir todas juntas en la misma casa. Hemos dividido las labores domésticas entre todas, lavar, planchar, cocinar, trastear, limpiar la casa, hacer mandados, y todas costuramos hasta muy entrada la noche.

Somos felices y agradecemos a Dios y a nuestras amistades todo lo que compartimos.

ANEXO

1941 Nace María Marcelina el 17 de julio.

1971 José nace el 22 de diciembre. Es cochero.

- 1973 Rosa Catalina nace el 30 de diciembre.
- 1975 Reyes Labrado nace el 25 de noviembre.
- 1977 Trabaja en Mérida, viene a ver a sus hijos cada quince días y trae mercancía.
- 1978 Azucena del Rosario nace el 11 de marzo.
- 1979 María se va a Guadalajara, se la llevó su patrona Judith. La sacan de la casa por complicidad en la infidelidad de la señora. Se va a trabajar a un taller de bordado, su marido es policía.
- 1980 Guadalupe Eduviges nace el 11 de octubre. En Guadalajara, María ahora trabaja en una maquiladora.
- 1982 Graciela Petronila nace el 10 de diciembre. En Guadalajara, María terminó la primaria.
- 1983 En julio muere la abuela paterna. Guadalupe sufre un accidente en Guadalajara.
- 1984 María regresa de Guadalajara, donde estuvo cinco años; malvendió todo y regresó.
- 1985 Compra un pedazo del terreno de su papá y empieza a construir, ladrillo por ladrillo, que compra con su costura, y su papá le cobra sólo la mitad de la mano de obra.
- 1986 Regresa su marido de Guadalajara. A cambio del terreno, tiene que hacerse cargo de la vejez de sus padres.
- 1987 El 5 de enero nace Virginia Araceli y poco después se fue su marido. Ahora estudia la prepa con la ayuda de una química.
- 1989 Se casó su hijo mayor.
- 1990 Le dio embolia a su papá.
- 1991 Se enferma su hijo Reyes.
- 1992 Se casa su segunda hija.
- 1993 Su hija Brígida se casó, Alejandro es tapicero, a Avelina, de seis años, la regalan con sus abuelos, estudió sólo la primaria, para bordar no se necesita diploma.
- 1993 Se le gangrena un dedo de tanto pedalear la máquina y se lo amputan.
- 1995 Se casa el otro hijo, José.
- 1997 Se agrava Reyes, vende sus alhajas y máquinas.

- 1998 Se recupera Reyes, por agradecimiento a Dios se mete al coro.
- 1999 Muere su papá y se enferma su mamá de diabetes.
- 2001 Le amputan una pierna a su mamá.
- 2001 Fallece su mamá en marzo. En septiembre llega el huracán Isidoro, destruye su casa de paja donde tenía almacenada su costura y todo se pierde. Se dañó el techo de la pieza de mampostería y la mercancía que se iba a entregar se echó a perder. No han podido repararlo con sus pagos de apoyo.

Luego del paso del huracán, les dieron apoyo para techar su casa. Les daban el material, pero había que pagar la mano de obra y se metieron en otro lío, pues tuvieron que vender lo que habían adquirido y trabajar muy duro, hasta de noche.